

IV / Testimonios

Toda vez que se trata de una persona, implica no sólo un sujeto, sino también un objeto, un bien adoptado una posición sobre lo que se dice. Se actualizan los "hechos" a través de diversas formas que guardan cada una, una perspectiva distinta, pero siempre enriquecedora, de lo que se quiere dar a conocer.

Para escribir sobre la vida de Pina Díaz he elegido la forma más sencilla: relatar lo que me contó y lo que vi con ella durante más de 25 años de amistad. Este relato pretende ser una semblanza biográfica que necesariamente me fue será incompleta y siempre permeada de un cariño y admiración. No obstante he querido ofrecer un relato donde predominen los hechos sobre mis opiniones, porque los hechos son contundentes y ayudan a enmascarar la tristeza.

Josefina Díaz Olivares nació en Valladolid, Tlaxcala, el 11 de julio de 1945. Sus padres, don Emilio Díaz y doña Socorro Olivares emigraron a Monterrey para radicarse aquí definitivamente, donde procrearon una numerosa familia.

Siendo muy joven —apenas contaba con 14 años— Pina se vio en la necesidad de ayudar a su familia por lo que, apenas terminada una breve carrera secretarial, empezó a trabajar como auxiliar en una pequeña oficina.

Con más experiencia, años después, se le presentó la

SEMBLANZA

TODA REFLEXIÓN HISTÓRICA, sobre un hecho o sobre una persona, implica no sólo “contar lo que pasó” sino también adoptar una posición sobre lo que se narra. Se visualizan los “hechos” a través de diversas lentes que aportan, cada una, una perspectiva distinta, pero al fin enriquecedora, de lo que se quiere dar a conocer.

Para escribir sobre la vida de Fina Díaz he elegido la forma más sencilla: relatar lo que me contó y lo que viví con ella durante más de 25 años de amistad. Este relato pretende ser una semblanza biográfica que necesariamente será incompleta y siempre permeada de mi cariño y admiración. No obstante he querido ofrecer un texto donde predominen los hechos sobre mis opiniones; porque los hechos son contundentes y ayudan a enmascarar la tristeza.

Josefina Díaz Olivares nació en Valadeces, Tamaulipas, el 11 de julio de 1946. Sus padres, don Emilio Díaz y doña Socorro Olivares emigraron a Monterrey para radicar aquí definitivamente, donde procrearon una numerosa familia.

Siendo muy joven —apenas contaba con 14 años—, Fina se vio en la necesidad de ayudar a su familia por lo que, apenas terminada una breve carrera secretarial, empezó a trabajar como auxiliar en una pequeña oficina.

Con más experiencia, años después, se le presentó la

oportunidad de ingresar a la empresa Anderson Clayton de México, donde desarrolló una destacada carrera administrativa como secretaria ejecutiva.

En un afán de superación, que la caracterizaría toda su vida, ingresa a la escuela Plutarco Elías Calles donde cursa la secundaria nocturna para continuar después con los estudios de Enseñanza Media Superior en la Preparatoria Núm. 3 de la UANL.

Fina siempre recordaría esta etapa de su vida con entusiasmo, pues fueron esos años difíciles –por el esfuerzo que significaba combinar estudio y trabajo– el tiempo para cultivar buenos amigos así como para dejar huella como una alumna brillante y disciplinada.

Una vez concluido el bachillerato y al haber descubierto una clara inclinación por los estudios de lenguaje y literatura, se inscribe en la facultad de Filosofía y Letras de nuestra Máxima Casa de Estudios, para formar parte de la generación 1972-1977 de la Licenciatura en Letras Españolas.

Los años universitarios fueron la tierra de cultivo propicia que transformó a la joven inquieta que deseaba ser maestra, en la profesionista responsable, dinámica y creativa que dedicaría buena parte de su vida –27 años– a labores de docencia en la Preparatoria 16.

Su actividad profesional se desarrolló en tres líneas de trabajo: la docencia, la actividad administrativo/académica y la producción literaria y de material didáctico.

El sueño de Fina Díaz fue ser maestra y a esa actividad se dedicó en la “prepa” poniendo en ello todo su empeño y su pasión. Maestra de muchas generaciones, impartió cursos de Taller de Redacción, Taller de Lecturas Literarias, Etimologías Griegas y Latinas y Espa-

ñol. Incansable, siempre exigía a sus alumnos dar el máximo esfuerzo, siendo ella el mejor ejemplo de lo que predicaba.

Desde sus primeros años en la Preparatoria apoyó la labor de los diferentes directores realizando funciones de liderazgo en el campo académico y administrativo.

En 1975, durante la gestión de la primera directora de esta escuela, la doctora Silvia Mijares, Fina fue nombrada Coordinadora Académica y jefa de la Academia de Taller de Redacción. Posteriormente, siendo director el ingeniero Jaime César Vallejo, se desempeñó como jefa de la Academia de Etimologías Griegas y Latinas.

En el periodo correspondiente a la administración del maestro Sergio Antonio Escamilla, se le nombró Secretaria Académica y es a partir de esos años en que su trabajo destacado la convierte en un elemento determinante en el ámbito administrativo y magisterial de la escuela.

El ingeniero Jaime Vallejo, durante su segunda gestión al frente de nuestra escuela, la nombró subdirectora, puesto que desempeñó durante los seis años correspondientes.

En 1999, el ingeniero José Hernández Cervantes, director de la Preparatoria 16, ratifica a Josefina Díaz como Subdirectora, ahora con funciones de administración. Este importante nombramiento lo desempeñó hasta que su quebrantada salud se lo permitió, a finales del 2001.

En el aspecto de su producción académica y literaria Fina dejó un importante legado. Escribió libros de texto –como autora y coautora– para diferentes cursos del Taller de Redacción y de Etimologías Griegas y Latinas, libros que al lado de los innumerables ejercicios didácticos con los que apoyaba sus clases, fueron valio-

Los auxiliares en su trabajo magisterial. En todos estos textos dio muestra de un trabajo de investigación serio y documentado al que dedicó horas de esfuerzo y estudio.

La literatura fue parte importante de su vida; asidua lectora y mujer sensible y aguda, la escritura de diferentes géneros literarios se presentó casi naturalmente. Desde mediados de los 80 publica algunos cuentos y poemas en periódicos y revistas locales, actividad que nunca abandona. Llegan después los libros: *Después de la lluvia*, esfuerzo colectivo donde ven la luz tres de sus relatos; y, más adelante, sus ensayos sobre poetas mexicanos quedan impresos en *Raíces de eternidad*.

Fina Díaz buscó siempre la superación personal y profesional, por eso participó activamente en múltiples actividades de formación y profesionalización docente: cursos, talleres, diplomados, congresos, donde su presencia siempre destacaba por sus acertados comentarios y propuestas didácticas.

Como una culminación a estos esfuerzos, Fina cursa la Maestría en Letras Españolas en la división de Posgrado de la facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad. Excelente estudiante, decide presentar su trabajo de tesis sobre la novela *Te di la vida entera* de la escritora cubana Zoé Valdés. Pero ya no le fue posible presentar el examen de grado; la enfermedad avanzaba, implacable.

El 22 de noviembre de 2001 fue el último día que Fina se presentó a trabajar. Celebrábamos la Jornada Universitaria de la Lectura, evento que había organizado los últimos cuatro años. Ese día entregó, ya con muchas dificultades, el reconocimiento a nuestro conferenciante invitado: el licenciado Miguel Covarrubias, querido maestro de Fina durante la licenciatura y el posgrado.

Josefina Díaz murió la mañana del 9 de marzo de 2002. No recuerdo si había sol o estaba nublado, sólo recuerdo la sensación de vacío, de impotencia.

Éstos son algunos hechos de su vida, muy pocos ciertamente. No les conté de su afición por la música, por las películas de acción y por una buena charla. No les conté del inmenso amor a su hija, del cariño entrañable a sus padres. No les dije nada de su generosidad, de sus miedos, de sus manías. Todo esto lo compartí con ella. Tuve el privilegio de ser su amiga.

CELIA NORA SALAZAR GARZA

GRACIAS Y ADIÓS

Duro es decirte adiós, pero lo digo

Esther M. Allison

CUANDO ENTRÉ A LA HABITACIÓN del hospital esa tarde de marzo, te encontré radiante. Después de haber permanecido los últimos días en un estado grave, de semiinconciencia, me sorprendió verte con esa lucidez extraordinaria. Parecía increíble poder identificar de nuevo, esa mirada tuya, tan expresiva y cálida. Aunque ya no podías hablar, pues en tu cuello habían conectado un tubo que te ayudaba a respirar, te vi como la Fina de siempre.

Al principio me alegré mucho, pero después del entusiasmo de los primeros minutos, caí en la cuenta de que todo era una ilusión. Ya me habían contado de esas mejorías insólitas, preámbulo de la muerte.

Presentí que muy pronto te irías y que había llegado el momento de despedirme.

Esperé que tu hija, feliz por tu inesperada vitalidad, terminara de arreglarte y mimarte; ella bromeaba contigo, mientras tú le pedías con la mirada y las manos que controlara sus excesivas muestras de cariño. Cuando salió a despedir a una de sus tías, me quedé frente a ti, a solas, y el silencio nos invadió.

Yo era la que podía hablar, mi garganta estaba perfectamente sana, pero el nudo de las emociones me impedía articular siquiera una frase. Era muy duro decirte adiós.

¡Cuántas cosas pensé decir, pero no pude!

Esa tarde, mirándote a los ojos, hubiera querido agradecerte la enorme confianza que me tuviste todos estos años. Eso nos había permitido compartir nuestros pequeños éxitos personales y los ratos felices; pero también esa confianza hizo posible que muchas veces pudiera caminar a tu lado, durante el tránsito por esos periodos de oscuridad que tanto te atormentaban.

Debí decirte aquella tarde que tu desarrollo profesional fue toda una escuela para nosotras, tus amigas. Que el entusiasmo que le imprimías a todos tus proyectos y la disciplina con que los llevabas a cabo, nos impulsaron a imitarte.

Era importante que supieras cuánto admirábamos tu generosidad; todo ese tiempo que dedicabas para solucionar el problema de algún compañero o alumno que se dirigía a ti por alguna necesidad, pequeña o grande.

Debí haberte dicho, además, que siempre admiré la pasión —no puedo decirlo de otra manera— con la que preparabas tus clases y los materiales didácticos para tus alumnos. Ese deseo insaciable por saber más; por buscar en los libros la respuesta a cualquier duda, por más insignificante que fuera.

Fina, me hubiera gustado decirte lo orgullosas que nos sentíamos, porque al contrario de lo que suele suceder, nunca te aprovechaste de la posición que gozabas en la escuela. La honestidad para ti no era sólo una palabra.

En fin, ¡te hubiera podido decir tantas cosas!

Pero, esa tarde, cuando te quedaba tan poco tiempo, te di el último abrazo y pronuncié las palabras más repetidas en el mundo, las más convencionales; para muchos, las más vacías: “gracias” y “adiós”.

No es necesario decir ahora que esas dos palabras iban cargadas de un enorme cariño, y de la gran admiración y el respeto que te habías ganado a pulso. Pero también ese *gracias* fue pronunciado con orgullo; sí, con el orgullo que me merecía ser considerada una de tus mejores amigas. Eso me otorgó el privilegio de acompañarte en estos últimos meses, los más difíciles de tu vida, y me permitió ser testigo del alto grado de dignidad que puede alcanzar una persona.

Para siempre.

LETICIA M. HERNÁNDEZ MARTÍN DEL CAMPO

ANOCHÉ SOÑÉ CONTIGO

QUERIDA FINA:

Anoche soñé contigo.

Era aquella época cuando estudiábamos en la facultad. Estabas sonriente, hermosa, llena de vida; vestías de rojo, el color de la alegría. No te escuchaba pronunciar palabras, pero no hacía falta, porque tus ojos lo decían todo: inteligencia, decisión, seguridad.

Debe haber sido un sueño lúcido, pues aunque tu imagen era tan real, yo sabía que te habías ido.

Desperté.

Despertó mi mente con un tesoro de recuerdos:

Estuviste presente, como un ángel, ayudándome con aquel trabajo interminable de fin de carrera, ¿te acuerdas? ¡Cuánto te agradezco!

¡Y el poema que compusiste para mi boda! Una primicia de tantos otros que saldrían de tu pluma.

Las reuniones en el café, para planear y proyectar; para engrandecer la prepa y platicar; para apoyarnos y reír.

¡Los cumpleaños!; casi treinta. ¡Pasaron tan pronto!

¡Los regalos! Los conservo todos; como el llavero con el emblema de Filosofía y Letras, el prendedor conmemorativo del nuevo milenio con dos manos saludándose en eterna amistad y el colibrí de alas abierta, como tú.

Tu amistad de tanto tiempo. Tu cuidado y sensibilidad hacia mí, tu integridad y valentía ante los embates de la vida.

¡Cómo te admiro!

Fina, mujer virtuosa, como aquella de quien habla la Biblia; mujer fuerte, pero a la vez fina, delicada y graciosa.

Amiga sincera y compañera idónea.

Seguirás visitándome en sueños.

Seguiré recordándote y amándote.

Hay amistades que son indisolubles, eternas. La nuestra lo es.

Con todo mi amor.

ELIZABETH GÓMEZ DE BARRIENTOS

RAÍCES DE ETERNIDAD

DE JOSEFINA DÍAZ OLIVARES*

COMPARTO LA EMOCIÓN de Josefina Díaz por los poetas mexicanos que incluye en su reciente libro *Raíces de eternidad***.

Algunos de ellos (como Novo, Pellicer y Gorostiza) fueron presencia constante durante la segunda etapa de mi formación literaria.

Desde un principio me deslumbró la consistencia de su voz madura, conformada por el dominio de un lenguaje trabajado hasta la naturalidad y un tratamiento temático novedoso para quien, como yo, provenía del esquemático y decadente romanticismo.

Estos poetas, además, asumían el oficio como actitud y como destino, no como pasatiempo para ejercitar el ingenio, ganar fama y lucir en sociedad.

A pesar de que hace años abandoné esa etapa, sin haberla superado, vuelvo a estos autores periódicamente, y *Raíces de eternidad* es un excelente motivo.

Lo primero que detecto en estas *Raíces*... es que Josefina Díaz nos lleva del análisis a la crítica con la seguridad que da un estilo moldeado en las aulas: claro y preciso.

* Leído en el Museo de Historia Mexicana, el 10 de julio de 1998, dentro del programa de actividades Círculo Literario.

** Josefina Díaz Olivares. *Raíces de eternidad*. Preparatoria 16, UANL, San Nicolás de los Garza, N.L. 1998. 54 pp.

La temática no podía ser inherente a la naturaleza humana: la vida, la muerte y la línea que las une: el tiempo.

Vida, muerte y tiempo: tres temas que, a decir de la autora, son: "tan viejos como la poesía misma" (p. 20), y sin embargo siguen vigentes en el archivo recurrente de las generaciones, cautivando todavía el intelecto con su obsesiva presencia cotidiana, sin importar la estética imperante, porque la angustia existencial que oficia diariamente su ceremonia de desgaste también tiene raíces abismales, *Raíces* (en palabras de la autora) *de eternidad*.

Empecemos por la vida. Desde los orígenes de la humanidad, filósofos, escritores y hombres de ciencia han coincidido en la fugacidad de la vida. Ya en la antigua Grecia, Hipócrates aseguraba: "El arte es largo, la vida breve". En la poesía náhuatl del período precortesiano es ampliamente conocido este fragmento: "Sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar: ¡no es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la tierra". Y el docto Calderón de la Barca, en el siglo XVII español, nos legó una obra inmortal donde afirma:

*¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño,
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.*

También los poetas mexicanos de este siglo han reflejado en su obra esta fragilidad de la condición humana: "fulguración de signos enlazados / por el instante que duró la vida", nos dice Novo (p. 13); igual que Xirau:

"...Vida y Muerte son instantes" (p. 45) y López Velarde: "...la convulsa vida es un puente de abismo" (p. 2).

Y ahora hablemos de la muerte. La muerte es el origen de nuestra angustia y el destino común a todos. Es nuestra espada de Damocles portátil y nunca sabemos cuándo va a caer (¿por qué será que cuando lo hace, siempre da en el blanco?). Su naturaleza genera más especulaciones que la propia vida y múltiples disciplinas se ocupan de ella (arte, ciencia, mitología, derecho, esoterismo, filosofía, religión y, por supuesto, literatura). Cada miércoles de ceniza recordamos la palabras bíblicas que Dios le dice a Adán: "Polvo eres y en polvo te convertirás". Y es en la poesía náhuatl donde, nuevamente, encontramos el sentir general de la humanidad:

*¿Sólo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?*

Nos resistimos a la muerte porque creemos que algo queda inconcluso, algo que debe completarse, sin saber qué es. De allí la "Muerte sin fin" de Gorostiza y los nocturnos de Villaurrutia (que son, como dice la autora: "el reflejo de un terror que presiente su muerte" (p. 39).

Y llegamos al tiempo: nuestro reloj histórico y biológico. Vértigo que deseamos olvidar, pero que nos arrastra inexorablemente. Vértigo que describe muy bien Bonifaz Nuño en estos versos: "Escribo: "este momento", y el momento / en que escribo se fue" (p. 36).

Porque lo escrito queda, pero el espacio temporal en que esto ocurre, no. Las circunstancias cambian y ya nada es lo mismo, ni siquiera nosotros:

Te detuviste a desear aquello que mirabas,
(.....)
pero no estabas detenido, lo que mirabas agitaba tu propio pañuelo,
hacia tus señas desde su lejanía (p. 27).

Esta impresión de José Carlos Becerra, la reiteran Novo: "Día fugaz apenas poseído" (p. 13) y Pellicer: "Yo, desollado (...), cada vez que los días dan la hora" (p. 21).

Dije antes que estos poetas asumían la poesía como actitud y como destino, y en los ejemplos citados se confirma no sólo eso, sino además que la poesía es una experiencia que se asimila.

A diferencia de la narrativa que es una experiencia compartida, porque el autor se la cuenta al lector, en la poesía el autor escribe para sí mismo y la única forma de entenderlo es leyendo sus textos como si fueran nuestros.

Ese ha sido el mérito de Josefina Díaz: asimilar la poesía de estos autores para luego explicárnosla con la certeza de estar compartiendo no solamente una interpretación, sino una emoción propia, y yo, como dije al principio, comparto esa emoción como si fuera mía también.

ELIGIO CORONADO

LAUDEM

[JOSEFINA DÍAZ OLIVARES 1946-2002]

GRACIAS AL APOYO de Josefina Díaz Olivares pude ingresar a la preparatoria, eso fue hace quince años. Entre otras ideas, me expresó la importancia de continuar con las actividades culturales; buscar un lugar en el contexto cultural universitario, involucrarnos en nuevas alternativas.

Bajo esa idea y a su lado, iniciamos un periódico mural.

Posteriormente surgió el *Primer Concurso Literario Interpreparatorias de la UANL*; las reuniones para elaborar "calaveras"; más adelante editamos *Después de la lluvia*, libro colectivo de narrativa.

¿Cómo olvidar el tiempo que dedicó a *La oruga en la rosa?*, estudios de crítica literaria a los cuales agregó sugerencias pertinentes; comentarios que dieron un giro más contundente a algunos textos. ¿Cómo explicar el tiempo invertido en asuntos similares a lo anterior y su disposición natural para disfrutar la diversidad de géneros literarios?

En esa relación también hubo diferencias, amonestaciones en los errores que cometí; sin embargo, nos encontrábamos en otras referencias culturales; regresábamos al diálogo iniciado en los ochenta.

Me siento satisfecho por la relación que tuvimos, porque no la defraudé, porque tuvimos fe en el trabajo